

# La supervivencia de las ideas desreguladoras tras la crisis económica

## THE SURVIVAL OF DEREGULATORY IDEAS AFTER THE ECONOMIC CRISIS

M. Victoria GÓMEZ\* y Javier ÁLVAREZ†

Fecha de recepción: 2013.04.14 • Fecha de revisión: 2013.08.08 • Fecha aceptación: 2013.08.10

PÁGINAS 37-51

### RESUMEN

Buena parte de la crítica a la planificación urbana ha venido encontrando un notable apoyo ideológico en la teoría neoliberal y, en especial, en sus tesis desreguladoras. Tras el estallido de la crisis económica, las creencias neoliberales han sufrido un serio quebranto pero, lejos de lo que cabía esperar, no han sido abandonadas. El texto explora algunos de los discursos que habilita el liberalismo económico para rescatar su doctrina y la concomitancia entre sus postulados desreguladores y las líneas de resistencia a la planificación urbana, a partir de la identificación de un conjunto de ideas que surgieron con el pensamiento postmoderno, fueron funcionales a las prácticas neoliberales y continúan vigentes en el tejido interpretativo de lo urbano.

### PALABRAS CLAVE

Neoliberalismo, postmodernismo, planificación urbana, desregulación.

### ABSTRACT

Much of the criticism of urban planning have been encountering a remarkable ideological support in neoliberal theory and, in particular, in their deregulatory thesis. After the outbreak of the economic crisis, neoliberal beliefs suffered a serious breach, but far from what could be expected, they have not been abandoned. This paper explores some of the discourses that economic liberalism uses to rescue its doctrine as much as the coincidence between its deregulatory principles and some lines of resistance to urban planning. In doing that, the paper identifies a set of ideas that emerged with the postmodern thought, were functional to neoliberal practices and continue in force in the interpretation of the urban fabric.

### KEYWORDS

Neoliberalism, postmodernism, urban planning, deregulation.

## Neoliberalismo y escenario urbano

En las últimas décadas, el éxito del neoliberalismo ha constituido un punto de referencia continuo en la crítica a la planificación urbana. La filosofía política neoliberal arrinconó la preocupación por los aspectos espaciales, incluso tachándola de irrelevante, en relación a la inquietud por la competitividad económica. Destacados estudiosos de los procesos urbanos pusieron de relieve el nexo entre el debilitamiento de la planificación urbana y el auge de la desregulación económica introducida por el neoliberalismo. El protagonismo del sector privado frente al público y la visión fragmentaria de la ciudad fueron expresión de esta tendencia. David Harvey constituye un punto de referencia en esta reflexión (por ejemplo, 1989, 1994) en su conocido análisis sobre la transición del estilo ‘administrativista’ o gerencial (*managerialist*) típico de los años 60, a formas de acción ‘empresariales’ (*entrepreneurial*) en las décadas posteriores, en una especie de consenso que atravesó fronteras nacionales e incluso partidos políticos e ideologías.

También Healey et al. (1992) indicaron cómo en el Reino Unido, el cambio político hacia el sector privado en la década de los 80 significó una pérdida del planeamiento tradicional que se arrinconó y se dejó caer en desuso, en paralelo con un nuevo desarrollo de la negociación de los proyectos urbanos, lo que generó una situación de gran incertidumbre

\* Profesora titular, Departamento de Ciencia Política y Sociología, Universidad Carlos III, (Madrid, España), mgomez@polsoc.uc3m.es.

† Ingeniero industrial, Miembro del Consejo de Redacción de Página Abierta.

‡ Ref. bib.: GÓMEZ, Victoria M. & ÁLVAREZ, Javier (2013) “La supervivencia de las ideas desreguladoras tras la crisis económica”, *Urban NS06*, pp: 37-51.

en la que no se sabía qué tipo de desarrollo se localizaría en qué área y cómo se organizaría su puesta en marcha. Lovering (1995) señaló cómo la gobernanza local había comenzado a ser reconstruida en torno a los dictados de la competitividad económica y Wilkinson (1992) puso el acento en la conexión entre ambos procesos, señalando la vinculación entre el movimiento privatizador de los agentes urbanos y la fragmentación de planes y programas que, a su vez, tuvo como resultado un tratamiento muy desigual y discriminatorio entre las distintas partes de la ciudad. Este autor observó, por ejemplo, cómo la selección y la concentración en determinados proyectos emblemáticos —componentes habituales de la estrategia competitiva entre ciudades— había puesto de relieve el efecto ‘mosaico’ de los mismos, es decir, la diferencia en el tratamiento que en el contexto de la ciudad, recibían unas áreas frente a otras (también Swyngedouw, Moulaert & Rodríguez, 2002; Gómez, 2007). En la misma dirección, Turok (1992) lamentaba la fragmentación, el carácter poco sistemático de las iniciativas y la ausencia de enfoques más generales y holísticos que, a su entender, se requerían para superar la crisis de los ochenta. En general, las ciudades dejaron de ser objeto de apego y preocupación y en su lugar, se potenció su visión como entornos de oportunidad social y económica, compitiendo entre sí, en el mercado abierto, por un trozo del pastel de la inversión de capital (Philo & Kearns, 1993).

Más recientemente, Lovering (2010) examinaba retrospectivamente estos procesos, señalando cómo la proliferación de instituciones de gobernanza local paralela a los gobiernos municipales, argumentada a partir de la idea de que resultaba fundamental para la competitividad económica, fue un aspecto crucial en la propagación del neoliberalismo y cómo se comenzó a hablar de ‘renacimiento urbano’ como nuevo concepto que englobaba proyectos especulativos impulsados por promotores de vivienda, comercio, y ocio e intentos de construir imágenes de la ciudad orientadas al mercado. En opinión de este autor, se creó un entorno favorable al binomio negocio-ocio, que tanto había inspirado a la planificación y a la arquitectura, prestando una exagerada atención a las ‘industrias culturales’ y determinadas zonas urbanas se centraron en la búsqueda de *glamour*, al tiempo que se llevó a cabo, de forma casi invisible, una ‘limpieza de clase’ en el centro de las ciudades y una exclusión física de los más desfavorecidos. Se creó así, explica Lovering (2010), un abismo entre la imagen oficial de la ciudad y la imagen que tienen de ella sus residentes. El resultado, según el autor, es que las ciudades actualmente alojan no sólo a algunas de las personas más ricas del mundo, sino también a gran cantidad de las más pobres.

En definitiva, el agotamiento de las políticas económicas que se pusieron en práctica tras la Segunda Guerra Mundial, fueron el punto de partida para que las élites políticas y económicas entendieran que ciudades y regiones debían modificar su estrategia económica, sus instituciones y sus modos de gobernanza. Todo debía ser rediseñado para dar prioridad a la creación de riqueza y así hacer frente a las múltiples formas de competencia (Jessop, 1995; 1996; Jessop et al. 1996). Los gobiernos locales debían modificar su papel y, si en el pasado se pensaba que jugaban un papel importante a la hora de superar dificultades críticas, en el nuevo enfoque constituían parte importante del problema, siendo las fuerzas del mercado las únicas capaces de revitalizar las economías urbanas (Goodwin, 1993). Las nuevas agencias y partenariados sustituirían al gobierno local tradicional. Desarrollo desigual y los procesos subsiguientes de segregación fueron algunos de los efectos de estos cambios de objetivos y de gobernanza.

Las referencias anteriores, en el amplio marco de la reflexión sobre el impacto del neoliberalismo en la producción del espacio, ponen de manifiesto el vínculo existente entre la crisis de la planificación urbana y de la gobernanza local y la ola de liberalismo económico que cobra fuerza desde los años ochenta del pasado siglo. Cabe preguntarse a continuación si la presente crisis económica —que evidencia el fracaso de las ideas sobre el efecto benéfico de la liberación de las fuerzas del mercado— podría contribuir a debilitar la ideología del mercado autorregulador y la desregulación en el ámbito urbano. Esta segunda reflexión,

tras el estallido de la crisis económica, es mucho más limitada. Lovering (2010) se pregunta, de hecho, si la recesión mostrará un punto de inflexión en el pensamiento sobre la planificación y el desarrollo urbano. Su respuesta no es en absoluto esperanzadora atendiendo a la fuerza con la que se ha impuesto la sensación de que el periodo neoliberal ha sido una época de dinamismo y promesa. El futuro, según este autor, no augura grandes cambios ya que la recesión no modificará mucho los patrones de construcción de la ciudad: los intereses establecidos, incluyendo los de los ‘planificadores profesionales’, transformarán el nuevo entorno a su favor igual que lo hicieron en el pasado y la ‘privatización de facto de la planificación’ se institucionalizará más, al tiempo que se marchita su potencial como práctica de avance social integrador y sostenible (Lovering, 2010).

Smith (2009), por su parte, enfatiza más el fracaso de la ideología neoliberal pero señala que no deberíamos apresurarnos a declarar su fin, a no ser que pensemos que el recurso de la economía privada a la ayuda del Estado implica su desaparición. Sin embargo, agrega que el liberalismo sin Estado ha sido siempre un mito (también Brenner & Theodore, 2002) y que esta idea cobra aún más fuerza en los últimos tiempos, en los que el Estado, tanto a escala nacional como local y global, ha contribuido reiteradamente, mediante la desregulación empresarial, los gastos militares, la política de vivienda, la política de impuestos a las empresas y entre otros factores, el desarrollo urbano, al avance del proyecto neoliberal. Muchas de estas instituciones y normas continúan firmes en su cometido sin que existan otras alternativas coherentes a la vista (Smith, 2009: 14). Desde este punto de vista, según este autor, tiene sentido aplicar al neoliberalismo la frase que Habermas (1985) utilizó en los años ochenta para referirse a la *modernidad*: ‘ha muerto pero sigue vigente’. En definitiva, el refuerzo de los vínculos de connivencia entre élites económicas y políticas y el asentamiento de sus intereses a los que aluden Lovering (2010) y Smith (2009), son posiciones en las que el neoliberalismo permanece atrincherado desde los primeros años de la recesión, pero no por ello, entendemos, ha dejado de intentar acudir a diversos discursos ideológicos para fortificar su hegemonía.

La intención del artículo es proseguir la reflexión suscitada por la pregunta que se hacen Lovering y Smith, indagando acerca de los recursos que habilita en la actualidad el neoliberalismo para legitimar la desregulación urbana. La crisis económica ha golpeado muy claramente las concepciones económicas que han informado el pensamiento económico pero surge el interrogante sobre cómo ha afectado a los postulados sobre la ciudad y la vida urbana que habían acompañado al neoliberalismo en la tarea de impugnación de la planificación. Para ello se utilizan dos líneas de reflexión. En la primera se examinan los argumentos económicos que esgrime el liberalismo tanto para eludir su responsabilidad en la crisis como para reafirmar su posición en favor de la desregulación económica y urbana; en la segunda, se sigue el rastro de las críticas surgidas en el marco cultural del postmodernismo, que convergieron con el neoliberalismo, con el mismo resultado de descrédito de la desregulación urbana. En las líneas que siguen se presta, como se observará, una atención muy preferente a la crítica conceptual, pero como bien señala Neil Brenner:

Las cuestiones conceptuales figuran en el núcleo de cualquier estudio urbano, aun en los más empíricos [...]; no son meras condiciones de fondo o dispositivos de encuadre, sino que constituyen el propio tejido interpretativo a través del cual los urbanistas entrelazan metanarrativas, orientaciones político-normativas, análisis de datos empíricos y estrategias de intervención. (Brenner, 2013: 52)

## El argumentario neoliberal

La regulación como causa de la crisis

Uno de los recursos llamativos del neoliberalismo más radical es atribuir la crisis a un exceso de regulación o a una mala regulación. En concreto, la causa de la crisis estaría en

las políticas monetarias expansivas que los bancos centrales llevaron a cabo en las últimas décadas, acompañadas por un consumismo desmedido de las economías domésticas. Según esta perspectiva, el ciclo expansivo que vio su fin en la actual recesión comenzó en 1992, momento en que la Reserva Federal de los EE.UU emprendió una gran expansión artificial crediticia e inversora que no se vio soportada por un aumento paralelo del ahorro. La burbuja financiera afectó negativamente a la economía real y por efecto de diversos detonantes como las hipotecas *subprime* o la crisis de algunas instituciones bancarias, se cerró el ciclo a través de una recesión económica. En consonancia, partiendo de esta interpretación, las recetas que se proponen ignoran la desregulación de los mercados, de las instituciones de inversión o de los productos financieros, no consideran que éstos sean los problemas principales. Por el contrario, siguiendo el argumento neoliberal, la solución estaría en la liberalización de la economía a todos los niveles para permitir que los factores productivos se reasignen rápidamente hacia los sectores más rentables, en la reducción del gasto público y de los impuestos y en la depuración del mundo empresarial por medio de la ‘destrucción creativa’ (Schumpeter, 1988).

En definitiva, el guión de la crisis descarga de responsabilidad a las políticas de desregulación económica emprendidas desde los años ochenta y a las prácticas especulativas y delictivas que invadieron el mundo financiero y empresarial-inmobiliario a partir de esos años, y se centra en la expansión del crédito y la inversión. Sin embargo la explicación es poco convincente porque, de hecho, la Reserva Federal estadounidense, bajo la dirección de Alan Greenspan, estuvo implicada en operaciones expansivas de crédito desde el *crash* de 1987 y posteriormente, precisamente para frenar la crisis financiera asiática de 1997, la debacle de las finanzas rusas y el colapso de *Long-Term Capital* en 1998, rosario de crisis financieras favorecidas por las desregulaciones y las transformaciones que sufrieron el mercado y sus agentes en los años precedentes. Ciertamente es que la expansión del crédito a partir de la década de los 80 alcanzó cotas desconocidas antes de los años 70 y que ello favoreció la inestabilidad del mercado financiero, pero no basta sólo con registrar este dato. La pregunta clave concierne al papel que en el estímulo de esa expansión jugaron las insuficiencias de los niveles salariales para absorber la sobrecarga de la producción, las desregulaciones de los flujos financieros y de los productos financieros opacos de los bancos de inversión, la titulación de los créditos, el creciente desarrollo de las operaciones fuera de balance y el apalancamiento generalizado de los bancos.

El neoliberalismo es pertinaz en sus argumentaciones, así que no tiene el menor problema en utilizar el mismo relato sobre el origen de la crisis, otrora fracasado, con la esperanza de que tenga mejor acogida en tiempos venideros. Kindleberger (1985), gran historiador de las crisis económicas, rememora en su obra *Manías, pánicos y cracks: historia de las crisis financieras*, cómo los economistas monetaristas como Milton Friedman (Friedman & Schwartz, 1963; citado en Kindleberger, 1985), amigos de los factores *monocausales*, al explicar la depresión de finales de la década de los años veinte, se mostraban especialmente interesados en restar importancia a la especulación en bolsa, al desarrollo de la economía real, a la naturaleza de las instituciones o a las funciones que estas instituciones realizaban justo antes del *crash* del 29, para centrarse únicamente en la política de expansión monetaria que el gobierno estadounidense aplicó a partir de los primeros años de la crisis (Kindleberger, 1985: 24). De esta manera, se conseguía convertir la intervención gubernamental en la causante de la crisis.

Es bastante evidente que esta narrativa sobre las causas de la crisis, en la que la culpa se centra en la intervención política (en este caso las políticas monetarias), tiene como fin rehabilitar, una vez más, la ideología del mercado *autorregulador*, es decir, el mercado que se ajusta a sí mismo y cuyas funciones se ven perturbadas por las intervenciones (políticas) foráneas.

## Futilidad de la regulación

Otro recurso retórico profusamente utilizado con el que se trata de salvar las transformaciones neoliberales es el que se centra en la *futilidad* de la regulación económica. Hirschman (1994) describe en *Retóricas de la intransigencia* tres tipos de argumentación que las fuerzas conservadoras —y más ocasionalmente, las fuerzas progresistas— utilizan para oponerse a las reformas. El primero es la *retórica de la perversidad* y en su utilización, las fuerzas conservadoras tratan de mostrar cómo las reformas producen efectos contrarios a los esperados. El segundo tipo argumental es el denominado *retórica del riesgo*, según el cual se vaticinan serios peligros si las reformas se ponen en práctica. Hirschman (1994) denomina al tercero de los argumentos *retórica de la futilidad* porque lo que el conservadurismo intenta demostrar al utilizarlo es que la aplicación de las reformas sería estéril, debido a la existencia de « una ley que gobierna el mundo social, recientemente descubierta por la ciencia social y que actúa como barrera insuperable para la ingeniería social » (Hirschman, 1994: 86)<sup>1</sup>. En el caso que nos ocupa, siguiendo la idea de Hirschman, la argumentación sugiere que las regulaciones económicas son estériles porque desatienden lo que podríamos denominar implacable *ley de la globalización*. En términos del lenguaje cotidiano: no se pueden poner puertas al campo.

La teoría de la globalización nace con vocación de constituirse en una buena descripción del orden mundial que comenzó a gestarse a partir de los años ochenta. Alexander (2000) sostiene que la teoría social debe considerarse no sólo como un programa de investigación sino también como un discurso generalizado, del cual una parte muy importante es ideología. Las teorías del cambio social teorizan sobre el pasado, el presente y el futuro. Según la teoría de la globalización, el pasado fue el tiempo de los Estados nacionales y sus sistemas de regulación, el presente, el momento del mercado sin obstáculos como elemento emancipador, mientras que el futuro nos traerá un mundo homogéneo, en lo cultural, en lo moral y en lo económico, gracias a la cibercultura, a la extensión del capitalismo y la globalización de los mercados, y a la difusión de las tecnologías de la información. La globalización, además de presentarse como formando parte del orden natural de las cosas, dibuja en su horizonte el mejor de los mundos posibles. Renace así una nueva *ideología de la modernización*, que esta vez no tiene como antinomia negativa la *tradicción* sino el *nacionalismo*, entendido en el terreno económico como la institución que crea obstáculos reguladores a los flujos financieros y comerciales. Paradójicamente esta visión *neomodernizadora* del cambio social se acompaña del cultivo de elementos heredados del pensamiento *postmoderno* que, como veremos más adelante, son funcionales también a perspectivas desreguladoras del orden urbano. Si bien la creación de una mayor desigualdad —y la evidencia empírica de que la generación de riqueza en este período ha sido menor que en las dos décadas de la postguerra (Skidelsky, 2009)— empañaba el optimismo generado por la nueva ideología, ha sido la crisis económica la que ha encendido las alarmas sobre la marcha de los acontecimientos. Ello dio lugar a que las élites económicas y políticas mencionaran al principio, aunque sólo fuera por un momento, y con un término especialmente ambiguo y retórico, la posibilidad de ‘refundar’ el capitalismo.

Por otra parte, la crisis ha llevado a economistas de prestigio como Rodrik (2011), Stiglitz (2012), Roubini y Mihm (2010) o Skydelski (2009, 2012), a criticar los excesos de la globalización y a postular en estos momentos una desaceleración de la misma. ¿Es esto

<sup>1</sup> El autor utiliza como ejemplo de este tipo de retórica, las críticas de Pareto y Mosca a la democracia y las de Stigler al Estado benefactor. Según estas críticas conservadoras, no cabía democratizar el poder por medio del establecimiento del sufragio universal porque al fin y al cabo seguiría siendo una *plutocracia*. Por otra parte, la retórica conservadora niega el posible efecto redistribuidor de las medidas democratizadoras atendiendo al “descubrimiento” de Pareto de que la distribución de ingresos y riqueza seguían las mismas pautas en todas partes.

posible? Para estos pensadores sí, pero lo que se opone a esa inflexión no es el orden imaginado del curso natural de las cosas, sino los intereses económicos y los intereses políticos. Por ejemplo, como indica Rodrik (2011), Francia, Alemania y Gran Bretaña estuvieron en un momento a favor de imponer un impuesto global sobre las transacciones financieras pero el Gobierno estadounidense se opuso. El Parlamento Europeo aprobó una regulación de las agencias de calificación pero las agencias con sede en Estados Unidos lo rechazaron. También la propuesta de la Unión Europea de regulación de los *hedge funds* provocó una fuerte reacción en contra por parte de Estados Unidos. Por otra parte, las medidas que este país adoptó para limitar el tamaño e incrementar las reservas de los bancos no tuvieron ningún seguimiento en Europa. Las instituciones económicas más poderosas hablaban en estos países por boca de sus gobiernos. «La verdadera historia de la regulación financiera es más una historia de discordia que de armonía internacional» (Rodrik, 2011: 281). De los estragos que cause la crisis y de las dificultades que ofrezca su recuperación, así como del éxito de la crítica a los efectos de la globalización descontrolada y del descontento ciudadano, dependerá el porvenir de los intentos de regulación del orden económico.

### El orden espontáneo

En el terreno del urbanismo y la planificación urbana la resistencia neoliberal adquiere otros matices. Una línea argumental es la que establece una analogía entre los binomios planificación económica/mercado libre y planificación urbana/orden espontáneo en la organización de las ciudades. Son ideas que hunden sus raíces en el liberalismo austríaco. Un aspecto interesante de este tipo de neoliberalismo es que se presenta a sí mismo como técnico y apolítico, como cabe observar de uno de sus apologetas: Chris Webster (International Planning Studies, 2008: 97). No son ideas nuevas pero los partidarios de la desregulación siguen resucitándolas, aun después del desencadenamiento de la crisis. Según Webster (2012), el desarrollo de la planificación tropieza con serios inconvenientes entre los que se encuentran el elevado coste de la información centralizada que implica, la dificultad de predecir lo desconocido, los obstáculos al diseño de lo informal, las dificultades en la gestión de la espontaneidad, el riesgo de que grupos poderosos se inmiscuyan en el proceso de decisiones centralizado y lo politicen, y la inhibición de la creatividad. El ‘orden espontáneo’, por el contrario, gozaría de múltiples ventajas, entre ellas, el menor coste de la información, dado que el intercambio descentralizado de decisiones se realiza a partir de conocimiento de base local, tal y como ocurre en los ‘mercados competitivos’, en los que los precios actúan como señales eficientes para los consumidores y los productores. No obstante dicho enfoque no ignora los ‘fallos’ más reconocibles de los ‘mercados libres’ como el deficiente tratamiento de las externalidades y de los bienes públicos, la generación de desigualdad y la enorme dificultad de redistribuir al mismo tiempo que se potencia el crecimiento (un oxímoron en palabras del autor). En virtud de todo ello, la elección del orden espontáneo se completa proponiendo una débil planificación indicativa que coordine pequeños planes locales y permita que los individuos hagan sus propios planes bajo la guía de unas pocas reglas lo más simples posible.

El pensamiento de Hayek (1990) se trasluce como referencia obligada —a la que explícitamente acude el autor— en este tipo de planteamiento. La idea de que la economía, así como otras estructuras, no deben ser perturbadas por interferencias exteriores a su propia evolución, encuentran en este pensador un fuerte respaldo teórico. Según Hayek (1990), las estructuras de la vida social se desarrollan igual que lo haría un árbol, es decir, por evolución. Responde su desarrollo a pautas de la conducta humana, aunque éstas no son resultado del designio ni de planes humanos. De hecho, según este autor, los fenómenos ordenados no son resultado de ningún plan. Los individuos pueden perseguir objetivos muy diversos y sin embargo generar espontáneamente instituciones de utilidad pública. Lo que Hayek (1990) denomina regularidades generales de la sociedad son resultado de la evolución y

tienden a adaptarse a las circunstancias que ningún individuo habría previsto. ¿Qué mejor entonces que confiar en la espontaneidad de los individuos, que más allá de sus intenciones, “construyen” mediante sus acciones incontroladas el “orden” que mejor se adapta a la vida social (y a la vida urbana, cabría añadir)?

Por otra parte, la capacidad del orden espontáneo es muy superior a cualquier otro procedimiento, a la hora de establecer la distribución de los recursos en la comunidad, debido a la calidad de la información que se genera. Este postulado, llevado hasta las últimas consecuencias, conduce al autor a rechazar cualquier política a favor de la justicia social (Hayek, 1990: 34, 36), por lo que la atención a las políticas de redistribución quedan así descartadas. No están entre las funciones del orden espontáneo y por otra parte, serían políticas inútiles por parte de los planificadores, ya que éstos partirían de una información muy deficiente para llevar a cabo este cometido. Tal constatación es la que conduce al liberalismo *hayekiano* a afirmar que durante el proceso de crecimiento no puede haber redistribución.

Probablemente la epistemología de Hayek era certera al creer que el capital de conocimiento de un gobierno es inferior al conocimiento disperso de la sociedad, pero de ahí a invalidar la eficacia de la planificación como instrumento capaz —entre otras cuestiones— de tomar precauciones contra las consecuencias de la incertidumbre en la que se desarrollan las acciones individuales y para orientar el uso de los recursos bajo criterios de integración y redistribución social, la distancia es enorme. Ajeno a esta necesidad, Hayek (1990) postulaba las ‘regularidades’ del *orden espontáneo* que, en realidad, están muy lejos de cubrir esos objetivos.

Más endeble es la identificación que se desprende de los escritos del autor entre ese espacio de los mercados competitivos en el que se mueven los individuos guiados por la buena información y la transparencia y los mercados reales. Otte (2011: 162) se pregunta no sin cierta ironía: «¿Dónde está el conocimiento descentralizado de la economía que tanto ensalzaba Friedrich August von Hayek? [si] en realidad nos estamos moviendo en una especie de economía capitalista planificada en la que todo el mundo está atento a lo que dicen tres agencias de calificación, mientras que las empresas y los bancos han dejado de formarse su propio criterio». Probablemente el profundo rechazo que siempre mostró Hayek hacia el *empirismo* le llevó a considerar la pertinencia del uso casi exclusivo de modelos teóricos muy simplificados y a prestar una atención mucho menor a las fuerzas reales que operan en el mercado. Si extrapolamos esta idea a nuestro objeto de estudio, tampoco tendría interés atender a lo que sucede en el espacio urbano. Por tanto no resulta extraño que este déficit de realismo sea también adoptado por algunos estudiosos de la ciudad que postulan el orden espontáneo. Sus partidarios adoptan sobre todo un discurso *reactivo*: están más interesados en mostrar los problemas de la planificación urbana que los éxitos del urbanismo organizado por la espontaneidad, lo que en realidad tiene sentido porque estos últimos son notablemente difíciles de captar.

### **De la crítica del urbanismo moderno a la desregulación y la fragmentación urbana**

En los años ochenta se acentúan las críticas a la planificación *modernista* que se había desarrollado tras la Segunda Guerra Mundial. La crítica se lleva a cabo desde distintas perspectivas. Por una parte se advierte que los sistemas de planificación habían tendido a negar la diversidad y habían generado fronteras, privilegios, exclusiones y control social entre los diversos sectores sociales (Hillier & Healey, 2009). Se critica la rigidez, la estrechez de los controles y la intolerancia a la apertura a nuevas aportaciones que coartan la innovación y la invención (Rowe & Koetter, 1981).

Harvey (1992), en un buen ejercicio de ponderación, rescata en *The condition of post-modernity*, los aspectos más aceptables del urbanismo moderno, al tiempo que critica sus

rasgos más negativos. Pone en evidencia los efectos del intenso giro positivista de la postguerra en la idea de la ciudad, conceptualizada como una ‘máquina para vivir’ y el afianzamiento en la creencia en el progreso lineal, las verdades absolutas y la planificación racional de órdenes sociales en condiciones estandarizadas de conocimiento y producción. Recuerda, asimismo, que a pesar de los objetivos de igualdad social que perseguía muchas veces la planificación, el desarrollo especulativo del suelo y la propiedad inmobiliaria fueron fuerzas dominantes en la industria de la construcción, segmento fundamental de la acumulación de capital. En el haber del modernismo urbano, anota, cómo se buscó un modo de ‘controlar y contener las explosivas condiciones capitalistas’ y reconoce que estos esfuerzos fueron efectivos, por ejemplo, en la organización de la vida urbana y en la capacidad de construir el espacio, de forma tal que contuvieron los procesos cruzados divergentes que llevaron a un rápido cambio urbano del capitalismo en el siglo XX.

### Postmodernismo y planificación

La crítica a la planificación heredada de la postguerra encontró un campo fértil en las ideas postmodernas que aparecieron en la década de los 70 y los 80 y que inspiraron las soluciones postmodernas a los dilemas que presentaba el desarrollo urbano. El postmodernismo jugó un papel similar a otras teorías e ideologías sociales que no sólo constituyen intentos de explicar el mundo, no despliegan exclusivamente un conjunto de descripciones cognitivas que contribuyen a la comprensión de la realidad, sino que poseen una dimensión ideológica desde la que se evalúan y, en consecuencia, se legitiman o se critican las formas de la vida social. Así el pensamiento postmoderno —admitiendo la pluralidad de corrientes que engloba y su complejidad y diversidad— ha sido bastante perspicaz a la hora de detectar cambios en las estructuras sociales y morales, pero poseía también una dimensión normativa. Abogaba —como hemos señalado líneas arriba— por nuevas concepciones sobre el espacio urbano que legitimaban en cierto modo la fragmentación, la falta de planificación y la desestimación de su función social. Estos son los aspectos del postmodernismo que resultaban funcionales al orden desregulado que también exigía la promoción de la economía neoliberal.

Rowe y Koetter (1981) opusieron la alternativa de la ciudad *collage* al enfoque restrictivo y uniformizador del modernismo. El enfoque *collage* para estos autores consistía en un rechazo de las totalidades, en agrupaciones de elementos sociales, urbanos o arquitectónicos liberados de su contexto. Junto a una sana preocupación, presente en el postmodernismo, por el reconocimiento de la diversidad, por su legitimación y por la voz propia de todos los grupos, se aprecia el elogio de la fragmentación y la discontinuidad y la huida de cualquier esquema y visión sinóptica. El postmodernismo propone el abandono de las visiones integradoras, considerándolas una reliquia del pasado: aspirar a este tipo de visión sólo conduce a la ilusión, al estereotipo, el prejuicio, el resentimiento y el conflicto (Geertz, 2002). Estas ideas se reflejan en el diseño urbano. Los postmodernistas que en palabras de Harvey, «diseñan más que planifican» (Harvey, 1992: 66) son sensibles casi exclusivamente a las historias locales, a las voluntades particulares y a la dimensión estética de lo urbano, manteniéndose bastante alejados de la preocupación por su función social. Este autor resume así con bastante tino el nuevo rumbo que imprime el postmodernismo a la concepción del espacio urbano:

Por encima de todo, los postmodernistas se desvían radicalmente de las concepciones modernistas sobre cómo mirar el espacio. Mientras que los modernistas ven el espacio como algo a ser remodelado para fines sociales y, por tanto, siempre supeditado a la construcción de un proyecto social, los postmodernistas ven el espacio como algo independiente y autónomo, para ser remodelado de acuerdo con aspiraciones y principios estéticos, que no tienen necesariamente nada que ver con ningún objeto social dominante salvo, quizá, el logro de la belleza atemporal y desinteresada como objetivo en sí mismo. (Harvey, 1992: 66)



Las ideas postmodernas, como señalan Hillier y Healey (2009), fueron bien recibidas por muchos teóricos de la planificación pero con recelo por otros que, si bien se mostraban críticos con la racionalidad modernista, veían que algunas de estas nuevas ideas podían traducirse en una especie de ‘todo vale’. En opinión de Beauregard (2009) la fragmentación postmoderna de la teoría de la planificación habría sido aceptable si en paralelo se hubiera adoptado un marco integrador de crítica social. El riesgo de abandono de una visión urbana integradora también constituyó objeto de crítica a las ideas postmodernas. Soja (2010), por ejemplo, al tiempo que se mostraba interesado por la crítica explícitamente postmoderna a favor de una visión de la ciudad desde abajo, expresaba su preocupación por el grado en que las ‘críticas micronivel’ habían llegado a etiquetar la ‘perspectiva macronivel’, la mirada desde arriba, como tabú o políticamente incorrecta. En el mismo sentido y en el contexto del análisis de la planificación en Estados Unidos, Beauregard (2009), manifestaba cómo los planificadores participaban en los proyectos individuales, intentando moderar sus externalidades negativas más ostensibles en una forma peculiar de no-planificación que impedía situar estos proyectos en un marco más amplio de desarrollo urbano. De acuerdo con este autor, la planificación comprehensiva que articulaba la integridad orgánica de la ciudad se había hecho políticamente insostenible.

Otros enfatizaban más la vinculación con el nuevo orden económico que se estaba creando tras la crisis de los 70 y los 80. Dear (2009) señalaba, por ejemplo, cómo Jameson (1985) afirmaba que el postmodernismo establecía una correlación entre los rasgos formales de la cultura y la emergencia de un nuevo tipo de vida social y orden económico. También Beauregard (2009) ponía de manifiesto, en este sentido, la vulnerabilidad de los planificadores frente al capital inmobiliario e industrial tras el giro dado por el Estado hacia una implicación mucho más explícita en los procesos de acumulación de capital, que se tradujo en un cierto abandono del objetivo de mejorar la sociedad frente a la posibilidad de crear círculos de crecimiento cada vez más amplio (Logan & Molotch, 1987), en un escenario que en los 80 primó el desarrollo económico y sacrificó la regulación y el Estado de bienestar, al atractivo de la nueva inversión y el empleo. En tal escenario, los profesionales de la planificación se volvieron más negociadores que reguladores.

En realidad los cambios por los que abogaba el postmodernismo en el espacio urbano, tenían también su correlato en la economía en general y en los sistemas de producción en particular, favorecidos por la revolución de las tecnologías de la información y la incertidumbre creada en los mercados productivos y financieros debida a la globalización y a las desregulaciones. La fragmentación y la deslocalización de la producción, el *just in time*, la ‘ganancia a corto plazo’, las externalizaciones, el culto a la privatización, características que dieron forma a lo que se llamó *capitalismo flexible*, armonizaban con algunos de los rasgos clave identificados por los teóricos de la postmodernidad como la exacerbación de la individualización, la diversidad y la diferencia, la desigualdad, el ‘nada a largo plazo’ (Sennett, 2000), el rechazo de las *totalidades* y el elogio de lo parcial y de lo local. Tras estos conceptos subyacían ideas de complejidad e incertidumbre. Y si bien es cierto que el mundo se ha hecho más complicado e imprevisible en las últimas décadas, eso no significa que las categorías habilitadas por el pensamiento postmoderno fueran las más adecuadas para interpretarlo.

#### Vigencia y continuidad de los postulados postmodernistas sobre la ciudad

Las concepciones sobre la ciudad que se alimentaron de las ideas postmodernas no sólo tuvieron aceptación en las últimas décadas del siglo pasado sino que han ido desarrollándose en el presente, alimentando la continuidad en la deslegitimación de la planificación. Las líneas siguientes muestran algunos ejemplos sobre estas concepciones.

*Énfasis en la idea de desterritorialización.* Este concepto, muy afín a la ciertas versiones de la teoría de la globalización, ha ido vinculado a visiones de la ciudad como algo móvil,

cambiante, inestable y fluido, un ente en el que cada vez se difuminan más los límites espaciales, donde se intercambian los papeles de centro y periferia, un escenario en el que no es posible captar los acontecimientos bajo narrativas o proyectos integradores. Cacciari (2010: 47-48) ilustra este punto cuando afirma que «la energía que emana el territorio posmetropolitano es esencialmente desterritorializante, antiespacial», mientras que Koolhaas (2011: 15) describe la ‘ciudad genérica’ como «lo que queda después de que grandes sectores de la vida urbana se pasaran al ciberespacio». Ante esta situación pocas funciones pueden jugar los intentos de planificación del espacio urbano. Healey (1982: 2) ya constataba hace tiempo la profusión de argumentos que tienden a apoyar la negación del lugar y del espacio, proceso que esta autora vinculaba a las estrategias de desregulación de los mercados y al escaso interés que éstas prestan a las consecuencias territoriales de los procesos que despliegan. En otro sentido, otros autores como Castells (1999), Sassen (2003) o Massey (2012), han subrayado también la importancia del territorio y de las localizaciones concretas y tangibles como elementos decisivos para el funcionamiento de la economía.

*Personalización, diversificación e individualización como patrones a los que se deben ajustar los cambios urbanos.* Bajo esta perspectiva se cuestionan algunos de los servicios colectivos tradicionales como el transporte público o los equipamientos comunitarios. La propuesta de medios alternativos al transporte público (un producto supuestamente concordante con antiguos modelos económicos) que proporcionen mayor autonomía, se adapten mejor a la flexibilidad del trabajo y de las distancias, contempla la promoción, en la práctica, de la utilización de vehículos individuales. El coche, de hecho, parece ser concebido como auténtico valor por autores como Koolhaas (2011: 16-17), para quien las autopistas constituyen una «versión superior de los bulevares y las plazas» y para quien «su diseño, que aparentemente busca la eficacia automovilística es de hecho sorprendentemente sensual». Respecto al equipamiento colectivo, se rechaza la rigidez de los edificios destinados a albergarlos, como el hospital, la escuela o la universidad, por su carácter poco funcional con las formas de vida actual. De ahí, la necesidad de que, en consonancia, los espacios colectivos incorporen las ideas de servicio individualizado y personalización de las soluciones (Ascher, 2010: 77). La individualización y la autonomía encuentran por tanto un obstáculo en lo común, en lo colectivo, en definitiva, en los bienes públicos, prescindiendo así de las conexiones entre ambas instancias que resultan evidentes, por ejemplo, en el rol que los centros de educación y cuidado tanto dirigidos a los menores como a los más mayores, juegan en el terreno de la autonomía de las mujeres. Por otra parte, estos planteamientos enmascaran la realidad y las fuerzas que se mueven en ella, como los grupos de interés, conflictivos en muchas ocasiones (grupos de interés económico, social, ciudadano, inmobiliario, financiero, etc.), y pretenden que son los individuos descontextualizados los que configuran las dinámicas urbanas.

*Debilitamiento de los lazos locales y difuminación de los problemas de integración social.* Si bien el postmodernismo había puesto en sus comienzos el acento en lo local frente a lo global, el progreso de la individualización y la idea de la inestabilidad de las redes sociales han ido minando las primeras ideas favorables a los lazos comunitarios. En los nuevos relatos del urbanismo la vida urbana registra una progresiva debilidad de las comunidades locales, unos individuos cada vez más diferenciados y autónomos que han sustituido sus vínculos anteriores por lazos débiles y frágiles, y un desarraigo generalizado. Los barrios dejan de ser lugar de integración de relaciones de vecindario y amistad, y los vecinos son cada vez menos «amigos, parientes y colegas, si exceptuamos algunos guetos de ricos y pobres» (Ascher, 2011: 57). En realidad, la ofuscación provocada por la existencia de tendencias individualizadoras en la sociedad conduce en el campo de las ideas comentadas a ignorar los problemas que la necesidad de integración sigue planteando en la urbe y a desconocer la existencia de contratendencias, como la formación de agrupaciones migratorias del mismo origen étnico o cultural, la revitalización del discurso comunitario en algunos barrios o la

segregación espacial de amplios sectores de la población, que es algo más que la formación de guetos de ricos y pobres. Antonsich (2010) incluye algunas de estas tendencias en su descripción de la gestación de ‘nuevas formas de pertenencia’ alternativas a los ámbitos espaciales identitarios. Estas dinámicas plantean importantes problemas de integración, de cohesión social y de investigación que parecen difuminarse bajo una concepción de la realidad resuelta en un apresurado diagnóstico que no hace sino enfatizar la disolución de las ‘formas terrenales’ (Cacciari, 2010: 35). Más explícitamente, Sampson (2012: 22) constata la enorme importancia de lo que denomina ‘efecto barrio’ en la estructuración de la vida urbana. Según este autor, los barrios no son simples escenarios en los que los individuos representan dramas generados por guiones autónomos o preestablecidos, ni recipientes vacíos determinados por grandes fuerzas externas, sino importantes determinantes por derecho propio de la cantidad y la calidad del comportamiento humano.

*Insistencia en la obsolescencia de la planificación.* La planificación continúa siendo juzgada como un instrumento rígido e incapaz de enfrentarse a transformaciones inesperadas o circunstancias cambiantes, por lo que debería ser sustituida, en el mejor de los casos, por pautas de baja intensidad. Según Ascher (2010: 73) el nuevo contexto demanda el fin de la planificación urbanística tradicional y de la cronología y los documentos que la sustentaban y su sustitución por una gestión estratégica «heurística, iterativa, incremental y recurrente, es decir, por actos que sirven al mismo tiempo para elaborar y probar hipótesis, con realizaciones parciales y medidas a largo plazo que modifican el proyecto y la retroalimentación tras las evaluaciones y que se traducen en la redefinición de los elementos estratégicos». Esta nueva forma de entender la gestión del territorio, por tanto, se adaptaría mejor a la sociedad actual compleja e incierta. Aunque en ocasiones quienes abogan por esta programación se distancian de las tesis espontaneístas basadas en la ideología simplista del mercado a ultranza, otros no son tan cuidadosos a la hora de limitar la flexibilidad de la planificación. Así por ejemplo, Webster (2012) apunta en la dirección de las tesis de la autorganización. Citando referencias basadas en el ejemplo de China, afirma que más del 80% de los planes urbanos redactados en los primeros cinco años del nuevo siglo, se habían quedado obsoletos incluso antes de haber sido publicados. En su argumentación, como comentábamos líneas arriba, contrapone el orden espontáneo y la planificación urbana y concluye que esta última debería tener en cuenta principios incuestionables, tales como (a) el éxito es siempre impredecible, (b) la imposibilidad de conseguir lo planificado y (c) el hecho de que algunos de los rasgos más atractivos de las ciudades surgen por casualidad. Teniendo en cuenta estas circunstancias, como señalábamos anteriormente, la mejor planificación es, por tanto, la que deja que los individuos lleven a cabo sus propios planes bajo la orientación de unas pocas normas tan simples como resulte posible. No deja de sorprender la intencionalidad de este autor al citar entre los ejemplos de espontaneidad individual, una urbanización privada de lujo para mayores en Beijing (China) que incluye todos los servicios que éstos puedan demandar y cuenta incluso con un hospital, un espacio magnífico, según Webster (2012), que muestra de lo que es capaz el mercado cuando se permite que actúe solo.

No se trata, a nuestro juicio, de negar la necesidad de mejorar el planeamiento, flexibilizarlo y dotarlo de mayor capacidad de respuesta frente a situaciones cambiantes, pero tampoco cabe obviar el desprestigio del plan, basado, como indican Roch et al (2011: 6) en la «demoledora cultura idealista de los automatismos neoliberales» que no ha hecho sino conducir, a resultados nefastos, en un proceso al que han contribuido los gobiernos y las instituciones privadas y los académicos que han asumido que las ciudades sólo pueden ser concebidas significativamente en términos capitalistas neoliberales (International Planning Studies, 2008: 97).

En el caso concreto de España, esta tendencia se vincula a la vieja polémica entre plan y proyecto que se remonta hasta los años 80 del pasado siglo y encuentra antecedentes incluso anteriores, alcanzando su máximo apogeo cuando «un sector de los arquitectos, desde una

lectura ramplona y simplista de los acontecimientos, no dudó en proclamar la necesidad de sustituir el urbanismo por la arquitectura» (Sáinz, 2006: 143). Poco a poco, comenzó a cristalizar la preferencia por la intervención a partir de proyectos concretos frente a la redacción de planes (Cruz, 2008), prestando más atención al fragmento urbano que al tratamiento holístico de los espacios urbanos (Gómez, 2012). La ciudad de Madrid constituye un ejemplo máximo en este sentido como señala De Santiago (2012: 111) cuando afirma que «la visión global y unitaria de la ciudad, que constituía el núcleo central del planeamiento, se ha visto sustituida por la suma o yuxtaposición de proyectos fragmentarios».

La convergencia de estas posiciones con el advenimiento del boom inmobiliario condujo en nuestro país al resultado lamentable que todos conocemos, en un proceso en el que el predominio de las decisiones empresariales se intensificó, siendo los intereses privados de propietarios o promotores, los que lideraron la transformación del territorio y acentuándose en la misma medida la pérdida progresiva de la función pública del urbanismo (Burriel de Orueta, 2008).

En las caracterizaciones de la vida urbana exploradas, como hemos visto, se encuentran categorías que asimilábamos líneas arriba al pensamiento postmoderno, algunas de las cuales captan la aceleración de los cambios y las transformaciones que experimenta el mundo urbano. Sin embargo, tienden a dar por buenas determinadas dinámicas como si fueran un producto del inexorable curso de la historia, tomando tendencias que en ocasiones afectan a sectores reducidos de población como transformaciones generalizadas e irremediables. En definitiva, se trata de caracterizaciones que se ajustan no pocas veces a la realidad, pero cuyo juicio crítico se elude, dejando entrever más bien que aquello que *es* es lo que *debe ser*.

Tras la crisis económica actual estas ideas no han sido objetadas de la misma forma que las teorías económicas que abogaban por la desregulación y el mercado autorregulador. Es más, el desprestigio de lo público, el elogio de la privatización, la justificación del individualismo exacerbado, la rapidez de los cambios tecnológicos y sociales, la incertidumbre de los mercados, elementos que forman parte del universo cultural y social que estamos viviendo, tienden a relegar a prejuicios heredados del pasado las estrategias de planificación. Ello supone, a nuestro entender, que para refutar la ideología desreguladora no es suficiente con una crítica de las teorías económicas sino dedicar también una especial atención a la evolución de las ideas que se han asentado en una vertiente más cultural e ideológica que hunde sus raíces en algunas versiones del postmodernismo. Es lo que hemos intentado hacer a lo largo del artículo.

## Conclusiones

El éxito del despliegue del neoliberalismo y de la cultura económica que acompañó al desarrollo del nuevo capitalismo, lo que se dio en llamar *capitalismo flexible*, reforzó la crítica a la planificación. La crisis económica, sin embargo, puso en evidencia que las desregulaciones crearon una inestabilidad tal en la economía que las pretensiones de las políticas de control de riesgo o la creencia en la autorregulación del mercado fueron vistas como un fracaso a la hora de embridar a la economía. Algunos pensaron que la crítica a la planificación se vería debilitada tras esta coyuntura. Sin embargo no es tan fácil abatir la arrogancia de las teorías económicas, máxime cuando la ideología que las acompaña es poco sensible al fracaso de las evidencias empíricas.

La ideología neoliberal se resiste a ser derrotada y también la crítica a la planificación que se inspiró en ella. En el artículo hemos examinado algunas de las líneas argumentales en las que se atrincheran: una visión unilateral y tendenciosa sobre el origen de la crisis, la consideración de la inutilidad de las regulaciones dado el curso necesario de la historia, y la insistencia en el orden espontáneo como el mejor proceso de autoorganización.

Las teorías económicas desreguladoras han ido acompañadas desde la crisis de los ochenta de ideas sobre el espacio y la vida urbana que surgieron como crítica a los aspectos más negativos del modernismo urbano pero que contribuyeron al desprestigio de la planificación. El pensamiento postmoderno acreditó muchas de estas ideas que en cierto modo cumplieron el papel de despejar en el campo cultural el avance de la estrategia y de las nuevas formas de gobernanza inherentes al renacido liberalismo económico. Hemos seguido el rastro de algunas de estas ideas que tomaron fuerza en los inicios del postmodernismo. Y, si bien, entendemos que las teorías económicas desreguladoras tras la crisis deben afrontar muy serias objeciones, las ideas abiertamente críticas con la planificación urbana tienen mayores posibilidades de abrirse paso tras la recesión y por tanto requieren mayor vigilancia y atención.

Las líneas anteriores constituyen, en definitiva, un modesto intento de contribuir al debate sobre el porvenir de la ideología en la que se fundamentan los intentos desreguladores y privatizadores de la vida social.

## Referencias

- ALEXANDER, J. (2000) *Sociología cultural*, Barcelona: Anthropos.
- ANTONSICH, M. (2010) "Searching for belonging", *Geography Compass* 4 (6), pp: 644-659.
- ASCHER, F. (2010) *Los nuevos principios del urbanismo*, Madrid: Alianza.
- BEAUREGARD, R. A. (2009) "Between modernity and postmodernity: the ambiguous position of US planning". En: Hillier, J. & Healey, P. (ed.) *Political economy, diversity and pragmatism. Critical essays in planning theory* (Part II, Volume II), Aldershot: Ashgate, pp: 233-247.
- BRENNER, N. (2013) "Tesis sobre urbanización planetaria", *Nueva Sociedad* 243, pp: 38-66. [En línea: [http://www.nuso.org/upload/articulos/3915\\_1.pdf](http://www.nuso.org/upload/articulos/3915_1.pdf)] (acceso: 30.09.2013)
- BRENNER, N. & THEODORE, N. (2002) "Cities and the geography of 'actually existing neoliberalism'", *Antipode* 34 (3), pp: 349-379.
- BURRIEL DE OURETA, E. (2008) "La 'década prodigiosa' del urbanismo español 1997-2006", *Scripta Nova* Vol XII, 270 (64), agosto 2008. [En línea: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-270/sn-270-64.htm>] (acceso: 30.09.2013)
- CACCIARI, M. (2010) *La ciudad*, Barcelona: Gustavo Gili.
- CASTELLS, M. (1999) *La era de la información* (Volume I), Madrid: Alianza.
- CRUZ, H. (2008) "El auge de los planes estratégicos y los proyectos urbanos: Hacia un planeamiento urbanístico consensuado". En: *Diez años de cambios en el Mundo, en la Geografía y en las Ciencias Sociales, 1999-2008. Actas del X Coloquio Internacional de Geocrítica*. Universidad de Barcelona, Barcelona, 26-30 de mayo de 2008. [En línea: <http://www.ub.es/geocrit/-xcol/308.htm>] (acceso: 30.09.2013)
- DE SANTIAGO, E. (2012) "Una lectura de las políticas de suelo y los modelos urbanísticos madrileños desde mediados de los años 1990: de la liberalización a la resaca inmobiliaria", *Geopolítica(s) Revista de estudios sobre espacio y poder* 1 (3), pp: 83-116.
- DEAR, M. J. (2009) "Postmodernism and planning". En: Hillier, J. & Healey P. (ed.) *Political economy, diversity and pragmatism. Critical essays in planning theory* (Part II, Volume II), Aldershot: Ashgate, pp: 216-232.
- FRIEDMAN, M. & SCHWARTZ, A. (1963) *A monetary history of the United States, 1867-1960*, citado en Kindleberger, Ch. (1985) *Manías, pánicos y cracks: historia de las crisis financieras*, Barcelona: Crítica.
- GEERTZ, C. (2002) *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*, Barcelona: Paidós.
- GÓMEZ, M. V. (2012) "Las ciudades en la encrucijada". En: *Comunicación al IX Congreso Vasco Sociología y Ciencia Política*, Bilbao, 16-18 de julio de 2012.
- GÓMEZ, M. V. (2007) *La metamorfosis de la ciudad industrial: Glasgow y Bilbao: dos ciudades con un mismo recorrido*, Madrid: Talasa Ediciones.
- GOODWIN, M. (1993) "The city as a commodity: the contested spaces of urban development". En: Kearns, G. & Philo, C., *Selling places. The city as cultural capital, past and present*, Oxford: Pergamon Press.

- HABERMAS, J. (1985) *La posmodernidad*, Barcelona: Kairós.
- HARVEY, D. (1989) "From managerialism to entrepreneurialism: the transformation in urban governance" *Geographiska Annaler*, 71 B (1), pp: 3-17.
- HARVEY, D. (1992) *The condition of postmodernity*, Oxford: Blackwell.
- HARVEY, D. (1994) "Flexible accumulation through urbanization: reflections on 'post-modernism' in the American city". En: Amin, A. (ed) *Post-Fordism a reader*, Oxford: Blackwell, pp: 361-386.
- HAYEK, F. (1990) *La fatal arrogancia*, Madrid: Unión Editorial.
- HEALEY, P. (1998) "Collaborative planning in a stakeholder society", *Town Planning Review* 69 (1), pp: 1-21.
- HEALEY, P. (2011) "Philip Allmendinger 2009: Planning Theory, London: Palgrave Macmillan", *International Journal of Urban and Regional Research* 35 (5), pp: 1088-1090.
- HEALEY, P.; DAVOUDI, S.; O'TOOLE, M.; TAVSANOGLU, S. & USHER, D. (1992) "Property-led urban regeneration: an assessment". En: Healey, P.; Davoudi, S.; O'Toole, M.; Tavsanoglu, S. & Usher, D. (eds) *Rebuilding the City: property-led urban regeneration*, London: E & FN SPON, pp: 277-291.
- HILLIER, J. & HEALEY, P. (2009) "Introduction". En Hillier, J. & Healey P. (ed.) *Political economy, diversity and pragmatism. Critical essays in planning theory* (Part II, Volume II), Aldershot: Ashgate, pp: 205-213.
- HIRSCHMAN, A. (1994) *Retóricas de la intransigencia*, México: Fondo de Cultural Económica.
- INTERNATIONAL PLANNING STUDIES (2008) "Editorial". En *International Planning Studies* (13) 2, pp: 87-100.
- JAMESON, F. (1985) "Postmodernism and consumer society", citado por Dear, M. J. (2009) "Postmodernism and planning". En: Hillier, J. & Healey P. (ed.) *Political economy, diversity and pragmatism. Critical essays in planning theory* (Part II, Volume II), Aldershot: Ashgate, pp: 216-232.
- JESSOP, B. (1995) "The entrepreneurial city: re-imagining the local state or re- designing economic governance?". *British Sociological Association Conference: Contested Cities*, Leicester University, Leicester, 10-13th April 1995.
- JESSOP, B. (1996) "The entrepreneurial city: re-imagining localities, re-designing economic governance or re-structuring capital?". *IBG Annual Conference*, Strathclyde University, Glasgow, 3rd-6th January 1996.
- JESSOP, B.; PECK, J. & TICKELL, A. (1996) "Retooling the machine: economic crisis, state restructuring and urban politics". *Annual meeting of the Association of American Geographers*, Charlotte, North Carolina, 9-13th April 1996.
- KINDLEBERGER, Ch. (1985) *Manías, pánicos y cracks: historia de las crisis financieras*, Barcelona: Crítica.
- KOOLHAAS, R. (2011) *La ciudad genérica*, Barcelona: Gustavo Gili.
- KOZAK, D. (2011) "Fragmentación urbana y neoliberalismo global" en Pradilla, E. (ed) *Ciudades compactas, dispersas, fragmentadas*, Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco y Miguel Ángel Porrúa, pp. 13-62.
- LOGAN, J. R. & MOLOTCH, H. L. (1987) *Urban Fortunes*, citado por Beauregard, P. A. (2009) "Between modernity and postmodernity: the ambiguous position of US planning". En Hillier, J. & Healey P. (ed.) *Political economy, diversity and pragmatism. Critical essays in planning theory* (Part II, Volume II), Aldershot: Ashgate, pp: 233-247.
- LOVERING, J. (2010) "Will the recession prove to be a turning point in planning and urban development thinking?", *International Planning Studies* 15 (3), pp: 227-243.
- LOVERING, J. (1995) "Creating discourses rather than jobs". En Healey, P.; Cameron, S.; Davoudi, S.; Graham, S. & Madani-Pour, A. (ed) *Managing cities*, Chichester: Wiley, pp: 109-126.
- MASSEY, D. (2012) "Espacio, lugar y política en la coyuntura actual", *Urban* NS04, pp: 7-12.
- MONTANER, J. M. (2000) "Repensar el urbanismo", *El País*, 12 de diciembre.
- OTTE, M. (2011) *La crisis rompe las reglas*, Barcelona: Ariel.
- PHILO, C. & KEARNS, G. (1993) "Culture, History, capital: a critical introduction to the selling of places". En Kearns, G. & Philo, C., *Selling places. The city as cultural capital, past and present*, Oxford: Pergamon Press.

- ROCH, F.; FERNÁNDEZ GÚELL, J. M. & SEVILLA BUITRAGO, A. (2011) “Nueva época, viejos conflictos: ciudades y teorías urbanas en la encrucijada”, *Urban*, NS01, pp: 3-10.
- RODRÍK, D. (2011) *La paradoja de la globalización Democracia y futuro de la economía mundial*, Barcelona: Antoni Bosch.
- ROUBINI, N. & MIHM, S. (2010) *Cómo salimos de ésta*, Barcelona: Destino.
- ROWE, C. & KOETTER, F. (1981) *Ciudad collage*, Barcelona: Gustavo Gili.
- SÁINZ, V. (2006) *El proyecto urbano en España*, Sevilla: Universidad de Sevilla.
- SAMPSON, R. J. (2012) *Great American city*, Chicago: The University of Chicago.
- SASSEN, S. (2003) *Los espectros de la globalización*, México: Fondo de Cultura Económica.
- SCHUMPETER, J. A. (1988) *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona: Ediciones Orbis.
- SENNETT, R. (2000) *La corrosión del carácter*, Barcelona: Anagrama.
- SKIDELSKY, R. (2009) *El regreso de Keynes*, Barcelona: Crítica.
- SKIDELSKY, R. & SKIDELSKY, E. (2012) ¿Cuánto es suficiente?, Barcelona: Crítica.
- SMITH, N. (2009) «¿Ciudades después del neoliberalismo?». En: *Después del neoliberalismo: ciudades y caos sistémico*, Barcelona: AA.VV, Universitat Autònoma de Barcelona, pp: 9-30.
- SOJA, E. (2010) “Six discourses on the postmetropolis”. En: Bridge, G. & Watson, S. (ed) *The Blackwell City Reader*, Oxford: Blackwell, pp: 374-381.
- STIGLITZ, J. E. (2012) *El precio de la desigualdad*, Madrid: Santillana.
- SWYNNGEDOUW, E.; MOULAERT, F. & Rodríguez, A. (2002) “Neoliberal urbanization in Europe: Large-scale urban development projects and the new urban policy”, *Antipode* 34 (3), pp: 542-577.
- TUROK, I. (1992) “Property-led urban regeneration: panacea or placebo?”, *Environment and Planning A* 24, pp: 361-379.
- VALENZUELA, M. (2011) “La planificación territorial de la región metropolitana de Madrid. Una asignatura pendiente”, *Cuadernos Geográficos* 47 (2010-2), pp: 95-129.
- WEBSTER, C. (2012) “Making cities work with less but better planning”. En: *Alexander von Humboldt Lecture, Series 2012-2013: “Making Cities Work”*, 26 de noviembre. [En línea: <http://www.youtube.com/watch?v=HOL5L3UjdII>] (acceso: 30.09.2013).
- WILKINSON, S. (1992) “Towards a new city? A case study of image-improvement initiatives Newcastle upon Tyne”. En: Healey et al. (ed) (1992) *Rebuilding the City: property-led urban regeneration*, London: E & FN SPON, pp: 174-211.

